

FRANCISCO GALLARDO

EL ROCK
DE LA
CALLE
FERIA

algaida



Pintura de cubierta: Manuel Cuervo
Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

© de los textos del *Epílogo 15 años después*: sus autores

Primera de esta edición: 2022

© Francisco Gallardo, 2008, 2022

© Algaida Editores, 2022

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-680-7

Depósito legal: SE. 1.359-2022

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I. LUMINOSA MAÑANA	13
II. ABRE LA PUERTA	51
III. EN EL LAGO	125
IV. RECUERDOS DE UNA NOCHE	171
V. SEÑOR TRONCOSO	211
EPÍLOGO 15 AÑOS DESPUÉS.	245

*Para Mamen
que supo leer esta historia
antes de que yo la escribiera.*

Vamos hacia los árboles,
la noche nos será blanda,
la tristeza leve.

ALFONSINA STORNI

ME GUSTABA LA LOLA PORQUE NO SE VESTÍA DE gitana para ir a la Feria y escuchaba conmigo el disco blanco de James Taylor. No era muy indigenista la Lola. Le gustaba el flamenco de verdad.

—El que se te mete en las entrañitas —me decía.

Una noche, me llevó a un bar de la calle Alfarería, para que escuchara soleás de Triana. *Cada vez que considero que me tengo que morir tiro una mantita en el suelo y me harto de dormir.* Desde aquella primavera del setenta-yocho, recuerdo esa letrilla.

—El Arenero, Camus —nos presentó la Lola, y yo me quedé alucinado contemplando a aquel tipo que bebía vino negro y cantaba como si se le acabara de morir un hijo.

—Al son de estos cantes se fundían los hierros en la Cava —me dijo el cantaor.

La Lola llevaba un diario. En una libreta con las pastas negras, arrugadas. Aquella noche lo sacó de su peque-

ño bolso de lana de colores rastas. Me enseñó sólo la primera palabra. Escrita en mayúsculas, con letras azules de pluma estilográfica. *Sentimientos*, ponía. Era guapa como las mujeres del siglo XIX. Yo la llamaba la Françoise Sagan de la calle Pureza.

—Buenas noches, tristeza —le decía prometiendo que nos iríamos a París para ser escritores.

—Eso, tú, el Julio Cortázar y yo, la Alejandra Pizarnick —y me cogía del brazo mirando las aguas de su río, soñando con la gloria literaria, que debía de ser ese halo amarillento de los libros viejos que comprábamos en el Jueves.

I

LUMINOSA MAÑANA

UNO

UNO DE ENERO DE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y ocho. Comienzo a escribir en esta libreta mi diario. Mis sentimientos. La abuela Dulce se acaba de ir a tomar café con sus amigas. Para ella, un año nuevo es un triunfo. A las cinco de la tarde, hora torera. Iba muy guapa con su vestido negro de seda. La he ayudado a pintarse. La línea de los labios violeta, la sombra de los párpados malva. Eres igual que tu madre, me ha dicho mientras me miraba a través del espejo. Me he tragado las lágrimas para que no me viera llorar. Eres igual que tu madre, ha insistido, pero no hagas como ella, haz todo lo que puedas para ser feliz. Se ha ido y la casa se ha quedado vacía, silenciosa. No quiero ni pensar en el día en que ella no esté. De la fiesta de anoche prefiero no escribir ni una sola palabra. Si lo llego a saber me hubiera quedado en casa, acariciando las manos de la abuela Dulce. Junto al abeto de plástico con luces de colores.

—Estoy lacerado, paso de bullas escrupulosas de pelos en la sopa —me dijo el Melenas apoyado en la pared derecha del 23.

Se quitaba el flequillo de los ojos con un gesto tan repetido que parecía un tic nervioso. Estaba inquieto porque no había llegado el Canijo con la china de costo.

—Seguro que le han robado la vespa los mismos a los que les compra el hachís —protestó cabreado—, este tío no aprende, es un capullo de floristería.

—Sí, pero tú aquí siempre a cubierto —salió la Maca a defender a su novio—, él se la juega y tú no, Melenas.

El Canijo iba al extrarradio y en un piso sin apenas muebles un tipo que se parecía a don Quijote le vendía, según el mercado, la mierda más presentable. Su mujer era una jalai que el Canijo llegó a ver una de las primeras veces que fue, una rubia teñida que se paseaba en bragas por la casa. El día que don Quijote le vendió la moñiga putrefacta que llevó a la Maca a urgencias con una gastroenteritis, la mala pécora se había fugado con un representante medio bujarrón que le ofreció un futuro mejor en Barcelona.

—Todo hay que entenderlo —le dijo el Melenas, mientras esperaban a la Maca en la puerta del hospital, agarrándose los retortijones con las manos.

Al Canijo el punto le dio por la risa y al Melenas por la filosofía.

—Nietzsche puro —le decía—. Así habló Zaratus-tra, coleguita.

Don Quijote, cornudo y desencantado, abandonó el gusto por el oficio. Ya no medía la calidad y dejó que sus

hijos se encargaran del negocio. Zipi y Zape para la clientela, dos mellizos que ya habían escrito con quince años la enciclopedia de la calle, el espasa de los marrones. Y ahí empezaron los robos de las motos a los clientes, el descuido afilado de las navajas y las sirlas. Incrementaron la oferta y vendían ya el polvo ese que, cuando se quita de la sangre, lleva a los ojos el hueco de la muerte.

—El Canijo se la juega—insistió la Maca, a la que la tardanza la había puesto tierna.

No podía soportar que el Melenas lo pusiera a parir mientras me contaba a mí el cuento del chaleco de Cortázar.

—Alucinante tío —me dijo apartando el pelo de sus ojos.

El Canijo llegó con la cara desencajada. La Maca lo abrazó como en las películas y él la rechazó con gesto duro.

—Melenas —dijo—, chungo total. No hay por ningún lado. La pasma ha pegado un palo gordo.

—Paso de bullas escrupulosas de pelos en la sopa —le contestó el Melenas—, puedo pasar sin fumar, no soy como vosotros que sois unos adictos.

Con la mirada me suplicó que lo rescatara. Yo también quería abrirme. Darle un rule. Había estado toda la tarde estudiando en la biblioteca del Rectorado, esperando que llegara la Flaca. Y también estaba lacerado porque no había ido. El Canijo me dio un abrazo de despedida, era así de efusivo conmigo. Le gustaba que yo no tomara drogas. Los borrachos admiran a los abstemios y las putas

a las vírgenes. Y al revés. Esto no tiene remedio. La Maca me dio un beso de despedida en los labios y castigó al Melenas sin dárselo. Éramos así de modernos. Cuando íbamos por la Avenida de la Constitución me propuso que fuéramos al Café Mágico.

—Tío, allí ponen una música del carajo y leen poemas de Baudelaire, un pasote.

Yo prefería el aire fresco de El Patio. El Melenas me advirtió que la Flaca venía de frente, sin vaqueros y con faldas, al lado de un maromo.

—Actúa en consecuencia —me advirtió.

Cuando me di cuenta el Melenas estaba dándole un beso en la mejilla mientras su acompañante me miraba con mosqueo, a mí, la causa de que aquella preciosidad no cayera rendida a sus pies de oso. La Flaca me ignoró como si fuera el pobre de la parroquia. La leche de los celos comenzó a hervir. Atravesé la avenida, dejando al Melenas con sus relaciones sociales.

El Melenas me recuperó en El Patio. Había anochecido y yo andaba rumiando mis suficiencias de hombre solitario. Al Melenas no le gustaba Albert Camus, estaba claro, y pasó a darme la paliza ofendida.

—Me has dejado tirado, tío, la Flaca se abrió al momento con el gilipollas ese de dos metros.

El Patio de San Laureano era un antiguo convento abandonado. Un caserón de paredes blancas, sucias y desconchadas, visto desde fuera. Con angostas ventanillas, tacañas de luz, para los monjes. Se entraba por un postigo herrumbroso a un camino empedrado, mosaico

homicida de granito y jaramagos. A mano izquierda, el antiguo pórtico degradado a cancela de caballerizas, daba acceso al antiguo claustro. Allí, por generación espontánea, se habían abierto los bares más modernos de la época. En la planta baja había garitos con baffles a toda pastilla, rock sinfónico y tufillos ambientadores. Subiendo por una escalera de piedra, sin barandas, se accedía a la exquisitez, un par de cafés con música de jazz y hippies sacados de los libros de Castaneda. De nuevo monjes, al fin y al cabo, paseando a lo largo de la balconada de madera.

El Melenas y yo estábamos abajo, bebiendo una cerveza, en el bar sonaba *ojalá estés aquí* o algo parecido.

—Los Pink Floyd, tío —me dijo a modo de reconciliación y se fue a buscar un samaritano con el que liarse un pitillo.

—Hay que compartir, colega, aquí nada de socialdemocracias —oí que le decía al Antoñito que aún no me había visto porque tenía los ojos más encendidos que la puesta de sol de Chipiona.

El Antoñito trabajaba de botones en un caserón lleno de columnas de la calle Alfonso XII. Para la preautonomía andaluza. Llevaba y traía papeles que desmontaban el régimen anterior. En aquellos despachos ya no había bigotitos imperiales. Ni nadie había gritado nunca a favor del invicto en los partidos de fútbol contra Rusia. Aquello era el sexo de los ángeles, según definición del Zamaco, cuando fue, en acto surrealista, a pedir el carné de demócrata al jefe del Antoñito, *¿para usted o para mí?*, cuenta el Zamaco que recibió como respuesta.

El Antoñito le pasó el petardo al Melenas.

—Vale tío, pero ya sabes que no me gusta fumar con revisionistas.

El Melenas se apartó el flequillo cinco veces antes de hablar, era su medida de la calma. El tiempo necesario para pensar si renunciaba al pitillo en aras de la coherencia. Siguiendo la línea de los dirigentes de su partido optó por la renuncia. O sea que se fumó cuatro caladas sin hablar esperando el momento de la coartada. Cuando el Antoñito entró en el bar, buscando más cerveza, vio el momento de irse. Se despidió de mí a lo lejos.

—La coyuntura, colega, la coyuntura —me dijo.

No seguí al Melenas porque estaba seguro de que iba a la calle Betis. A encontrarse con el Juanlu. Y aquel punto era para mí demasiado *heavy*. Hablaré de ello en otro momento. En realidad, lo que yo esperaba era que apareciera la Flaca sola y vencida. No era orgullo, sino justicia. Aún era pronto para que me olvidara.

Ella sabía que la melancolía me colocaba. Uno practicaba por entonces un existencialismo provinciano que ella juzgaba postura hasta que comprobaba en mis ojos un tinte oscuro. Un día, después de una clase de Patología, se acercó preocupada:

—¿Qué te pasa, Camus? Estás llegando demasiado lejos.

—Son arrebatos —y ella intentaba animarme con monsergas de la vida bella.

No sé dónde aparcó al oso, pero allí estaba sola y vencida, cansada de no poder ignorarme todavía. Pedí al camarero dos cervezas y una canción, aquella que sonó en

El Patio como un bálsamo para las heridas que nos hacíamos, en aquella historia que *ni contigo ni sin ti*, cantaba el Manzanita, *tienen mis males remedio*, y yo que no sabía dar explicaciones, *contigo porque me matas y sin ti porque me muero*, miraba la pared desnuda de enfrente, jodida metáfora de un futuro que no quise escribir.

—Camus —me pidió la Flaca—, mírame por lo menos.

Nos fuimos en el cuatrolatas de ella al descampado de Chapina. Allí la besé sintiendo el frío en mi espalda.

—Qué cabrito eres —protestó—, cuando quieres eres el mejor.

La Flaca, entonces, también creía que esto de la vida era una carrera de mejores y peores. De cuadrigas y de romanos.

Hay días que llueve con alegría. Otros con tristeza. Como esta tarde que he salido a pasear por la ciudad mojada. Sin rumbo fijo. Me gusta perderme por las callejuelas antiguas del centro. Estas piedras de Sevilla tienen tanta vida, o tanta muerte, que me impresionan. La gente andaba decidida, debajo de sus paraguas, huyendo de la lluvia o de sí mismos. Me he sentado en el bar Laredo a tomar café. Tras los ventanales he observado la cortina enfurecida de agua, golpeando los adoquines de la plaza de San Francisco. Y ahora pienso que no le pido nada más a la vida. Mirar la lluvia con el sabor de café en los labios.

Dos

EL MELENAS LLEGÓ EUFÓRICO A LA FACULTAD. EL Zamaco, que vestía de pijo anarquista, le dio la vara. —¿Te has desayunado con anfetás, Melenas? —Paso de la burguesía dominante —le contestó sin inmutarse.

No había que romper las relaciones del todo. El Melenas sabía que al Zamaco nunca le faltaba costo, en cuestión de infraestructuras era el mejor organizado. Desprestaba con su aspecto de guayabo casadero, vivía en Los Remedios y mientras no hablara pasaba por un tipo de esos a los que espera el paraíso del futuro con las puertas abiertas. Los dos cabritos querían desayunar conmigo, habían visto a la Flaca llegar por las escaleras del Departamento Anatómico, a mis espaldas, y sabían que tarde o temprano ella vendría. En esto de los amigos siempre lo tuve claro, la amistad, menuda furcia. El Melenas hablaba y hablaba haciendo bueno el diagnóstico del Zamaco, ex-

perto estudiante de psicotrópicos. La Flaca no llegó, supongo que se imaginaría el cuadro:

—Si la hermosa colega no arriba, apuesto por la ingrata docencia, me voy a clase —reconoció el Melenas.

—Tenemos un plan que contarte, pero no sabemos, creemos que te faltan cojones para eso —dijo el Zamaco, siguiéndole y dejándome con la curiosidad colgada.

Tuve que pagar el aguachirle negro y las pringosas tostadas que se habían zampado.

Al acabar la clase de Farmacología, el Zamaco, arrepentido con elegancia, me tendió el puente.

—Camus, esta noche en La Moneda.

El Melenas pensaba que el Canijo era fundamental, en contra de la opinión del Zamaco, que había aprendido bien el lenguaje de la apariencia, la Santa Virgen de las Apariencias, patrona de la muy noble ciudad, decía con recochineo cuando se le cruzaban los cables de la compostura.

—Sin el Canijo no vamos a ningún lado, es el técnico, carajo —insistió el Melenas.

—Déjame pensar —concedió el Zamaco entrando en La Moneda para pedir más cerveza.

Todavía recuerdo verle entrar en aquella bodega incrustada en el pórtico rococó de la antigua casa del dinero.

—¿Tú cómo lo ves? —me preguntó el Melenas.

Me hice el loco pendiente de los ojos negros de la Adelaida, que acercaba su sonrisa a mi mejilla.

—¿Cómo estás? —sabía que estaba triste por sus amores con un niño guapo de mentirijilla.

—Bien —contestó sin dejar de sonreírme.

Nos alejamos del corrillo, lo suficiente para que pudiéramos hablar sin injerencias.

—¿Tú me ves a mí de camello? —le pregunté a bocajarro—. El Zamaco dice que no tengo cojones para eso.

—Eres lo más parecido a un camello que conozco —me respondió la Adelaida soltando en una carcajada el mal rollo de los desamores.

Volvió el Zamaco con la birras y su caballerosidad me dejó sin la mía. La Adelaida, solidaria, compartió sus sinsabores conmigo a buchitos y preguntó con guasa por el jefe de la banda. El Zamaco había resuelto.

—El Canijo —dijo haciendo caso omiso de las apariencias en aras de la eficacia—, pero no habéis visto ni oído nada —añadió, mirándonos a la Adelaida y a mí.

—Eso es, hay que tener mucho cuidado con las interferencias —corroboró el Melenas que había leído todas las novelas de Patricia Highsmith.